

## ***Aeterni Patris* vs. «hermenéutica de la ruptura» de Santo Tomás de Aquino a San Juan Pablo Magno<sup>1</sup>**

A Donato,  
mi compañero  
del alma y del cuerpo

A la luz del Concilio Vaticano II vemos, quizás mejor que hace un siglo, la unidad y la continuidad entre el auténtico humanismo y el auténtico cristianismo, entre la razón y la fe, gracias a las orientaciones de la *Aeterni Patris* de León XIII, el cual con este documento, que llevaba como subtítulo “*De philosophia christiana ad mentem... Sancti Thomae... in scholis catholicis instauranda*”, manifestaba la conciencia de que había llegado una crisis, una ruptura, un conflicto o, al menos, un ofuscamiento acerca de la relación entre la razón y la fe. Dentro de la cultura del siglo XIX se pueden, en efecto, individualizar dos actitudes extremas: el racionalismo (la razón sin la fe) y el fideísmo (la fe sin la razón). La cultura cristiana se movía entre estos dos extremos [...]. Había llegado ya el tiempo de imprimir un nuevo curso a los estudios dentro de la Iglesia. León XIII se dispuso, con clarividencia, a esta tarea, representando -este es el sentido de instaurar- el pensamiento perenne de la Iglesia, según la límpida y profunda metodología del Doctor Angélico [JUAN PABLO II, PAST, 1980]<sup>2</sup>.

### **I- Nuestra presentación**

Hagamos un viaje. Les propongo hacer un viaje. Un viaje en el tiempo. A través del tiempo. Un viaje histórico. Una estampa en etapas vitales entrelazadas de la existencia terrena -en ocasión de los 700 años de la certeza de su pertenencia a la Iglesia triunfante- de un personaje único en la historia y, sobre todo, sin réplica a lo largo de la historia de la Iglesia. Lo que él ha pensado en menos de tres décadas de ejercicio racional sistemático -filosófico y teológico- goza de un espíritu de síntesis y de originalidad sin parangón.

Ese itinerario vital suyo no lo incluye solo a él, sino que nos alcanza a nosotros en nuestro hoy, amarrándonos a una columna vertebral que reconoce el valor de su figura y la relevancia de su pensamiento. Hoy les propongo hacernos en una parábola temporal de 150 años que sintetizan la luminosidad de sus ideas y la vigencia de su necesidad. Otra vez más, su vocación dominica nos recuerda que su carisma, condensado en «*contemplata aliis tradere*», no puede dejar de ser su antorcha y nuestro mismo fuego interior.

---

<sup>1</sup> El presente trabajo de investigación es fruto de mi tarea en la Pontificia Universidad Católica Argentina, en la cual soy Profesora Ordinaria de Filosofía Moral en el Posgrado de Ética Biomédica, de Filosofía Política y Social en la Carrera de Filosofía, y de Antropología, y Ética y Metafísica en las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Discurso de clausura a los participantes del VIII Congreso Tomista Internacional*, Pontificia Academia Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica, Castelgandolfo, 13/9/1980, n. 2. El modo conforme al cual Juan Pablo II se refiere a la relación entre «auténtico humanismo» y «auténtico cristianismo» aplicado al Concilio Vaticano II, corresponde a su propia actualización de la preclara armonía entre razón y fe del Aquinate, ya reconocido y declarado en este texto juanpaulino como «*Doctor Humanitatis*».

El Tomás de Aquino al que me refiero transita vitalmente desde el rescate restaurador de la descristianizada cultura decimonónica para la urgente reimplantación de la Iglesia en el mundo, hasta la red de contención para disruptivos desvaríos o francas desviaciones posconciliares -incluso- intraeclesiales.

Al respecto, el Papa Benedicto XVI, recientemente fallecido, ha tenido memorables alocuciones de diversa índole<sup>3</sup>. Ratzinger ya era portador de ese talante. Baste recordar sus homilías en la inmediatez de la muerte de San Juan Pablo II. El «¡Sígueme!» definitorio del rumbo de cada respuesta vital de Karol Wojtyła, primero, y del Papa Magno, luego, en la Misa de exequias, caracterizada además, por el «¡*Santo Subito!*» a repetición entre las ovejas que acababan de perder a su pastor. O el famoso «dictadura del relativismo» de la Misa *pro eligendo papam*, de una sostenida y abrumadora vigente actualidad.

Una de las claves de la meridiana claridad de su obra intelectual ha sido la de saber «leer» los temas a partir de plantillas históricas cruciales. En ese contexto, uno de los discursos destinados a ser faros programáticos de memoria consciente colectiva que calan en una cuestión y la decodifican a raíz de una encrucijada histórica clave, ha sido aquel del 22 de diciembre de 2005, en el que sintetizaba las riquezas y los riesgos del último Concilio ecuménico, precisamente al presentar las dos coordenadas básicas para su interpretación y valoración: «hermenéutica de la continuidad» o «hermenéutica de la ruptura» entendida como «espíritu del Concilio»:

Por una parte existe una [...] "hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura" [...]. Por otra parte, está la "hermenéutica de la reforma", de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, [...] que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, [...] en camino<sup>4</sup>.

Y continúa aclarando las implicancias de la oposición interpretativa. En un caso, se reconoce la consideración histórica como elemento de análisis para el esclarecimiento del significado de la vitalidad de la Iglesia; en el otro, se afirma decididamente la variante relativista del historicismo sobre todo teológico:

La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconiliar e Iglesia posconiliar. Afirma que *los textos del Concilio como tales no serían aún la verdadera expresión del espíritu del Concilio*. Serían el resultado de componendas, en las cuales, para lograr la unanimidad, se tuvo que retroceder aún, reconfirmando muchas cosas antiguas ya inútiles. Pero en estas componendas *no se reflejaría el verdadero espíritu del Concilio, sino en los impulsos hacia lo nuevo que subyacen en los textos*: solo esos impulsos representarían el verdadero espíritu del Concilio, y partiendo de ellos y de acuerdo con ellos sería

<sup>3</sup> Vaya en este recuerdo un homenaje a ese querido y muchas veces incomprendido pontífice.

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre 2005.

necesario seguir adelante. Precisamente porque los textos solo reflejarían de modo imperfecto el verdadero espíritu del Concilio y su novedad, sería necesario *tener la valentía de ir más allá de los textos, dejando espacio a la novedad en la que se expresaría la intención más profunda, aunque aún indeterminada, del Concilio*. En una palabra: sería preciso seguir no los textos del Concilio, sino su espíritu. [...] Así se tergiversa en su raíz la naturaleza de un Concilio como tal. [...] se lo considera como una *especie de Asamblea Constituyente, que elimina una Constitución antigua y crea una nueva*<sup>5</sup>.

## II- La *Aeterni Patris* y Santo Tomás

Otro hito histórico en la vida de la Iglesia y para el mundo ha sido el pontificado de León XIII. Un magisterio para admirar: claridad y elocuencia, valentía y convicción, universalidad e inserción en la Tradición de la Iglesia como expresión de uno de sus atributos esenciales: su unidad. La Encíclica *Aeterni Patris* de 1879<sup>6</sup> proporciona esas enseñanzas a sus coetáneos pero, sobre todo, las lega a las generaciones futuras.

En este documento magistral que lleva como elocuente subtítulo «Sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino», propone justificadamente y sin atenuantes el pensamiento de Tomás como modelo del pensar de la Iglesia -el pensar cristiano- y de la mente del cristiano -el pensar del cristiano. Como no podía ser de otra manera, consiste en un texto muy reflexivo y expresivo del papel de la Iglesia en relación con la sociedad y su misión esencial de llevar el Evangelio también a las distintas culturas.

León XIII analiza la historia, lee los «signos de los tiempos» y entiende que la matriz del problema detectado en su época era el resultado del progresivo alejamiento del pensamiento de Santo Tomás, o su explícita prescindencia. Porque, efectivamente, había una crisis profundizada en sucesivas etapas, y cuyo desencadenante había sido Ockham y la escolástica decadente a la que pertenecía. Luego, se bifurcó en variantes empiristas y racionalistas que más tarde aterrizaron en un intento de síntesis kantiano y volvieron a expandirse en una nueva línea empirista positivista y liberal, y en otra vertiente racionalista más cruda en el idealismo metafísico de Hegel<sup>7</sup>. El resultado vital salta a la vista: el divorcio entre el Evangelio y la cultura.

<sup>5</sup> *Id.* Es interesante cómo Benedicto considera que hubiera sido más apropiado nominar el problema al que el Concilio había de responder «Iglesia y modernidad», en lugar de «Iglesia y mundo». Los subrayados son míos.

<sup>6</sup> A los pocos meses del mismo año 1879 funda la «Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino», a la cual más tarde, en 1934, Pío XI adicionará «y de la Religión Católica» en su nominación.

<sup>7</sup> Luego se cristalizó en la derecha y la izquierda hegelianas -totalitarismos de diverso tipo, incluidos- que despertaron y alimentaron las «ideologías del mal» del siglo XX, en guerras mundiales, sin olvidar los individualismos de variadas formas que vivimos.

¡Hay que recuperar al Doctor Común de la Iglesia y su doctrina para enseñarlo en los centros de formación cristiana, principalmente, en los seminarios, universidades y escuelas! Lo propone tanto por su contenido de verdad como por su estilo metodológico:

No hay parte de la filosofía que no haya tratado aguda y a la vez sólidamente: trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las substancias incorpóreas, del hombre y de otras cosas sensibles, de los actos humanos y de sus principios, de tal modo, que no se echan de menos en él, ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposición de las partes, ni la firmeza de los principios o la robustez de los argumentos, ni la claridad y propiedad del lenguaje, ni cierta facilidad de explicar las cosas abstrusas. [...] indagó las conclusiones filosóficas en las razones y principios de las cosas, los que [...] encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, que habían de abrirse con fruto abundantísimo por los maestros posteriores. [...] Además, distinguiendo muy bien la razón de la fe [...] y asociándolas, sin embargo amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó a su dignidad de tal suerte, que *la razón elevada a la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás*<sup>8</sup>.

El Aquinate ha sabido refutar los errores del pasado proporcionando respuestas definitivas que abren caminos a límpidas soluciones y es garantía para evitar los posibles yerros futuros brindando el camino seguro de solución para los errores de siempre. Precisamente, así lo destaca el autor de la carta encíclica: «Habiendo empleado este método de filosofía, consiguió haber vencido él solo los errores de los tiempos pasados, y haber suministrado armas invencibles, para refutar los errores que perpetuamente se han de renovar en los siglos futuros»<sup>9</sup>. En la llave de su método esta la armonía distintiva de la relación entre la fe y la razón, clásica expresión de la más actual dupla Evangelio y cultura<sup>10</sup>.

Pone al Angélico en el contexto de los grandes pensadores de la Tradición eclesiástica -Padres y Maestros- y lo relanza también para «nuevas épocas». El pontífice nunca omite la visión histórica en su reflexión sobre el problema y sobre la propuesta de solución. Responde a la crisis y exige una consecutiva respuesta: está renovando la oferta del Santo Tomás de siempre. Y presenta ese gran proyecto de recuperación al Cardenal Mercier para que sea principalmente implementado en la Universidad de Lovaina y, desde ese alto centro de estudios, relanzado a las fronteras internacionales. Otros personajes especialmente representativos de este autorizado relanzamiento histórico fueron los filósofos franceses Maritain y Gilson, este especialmente influyente en círculos intelectuales polacos como el de

<sup>8</sup> LEÓN XIII, *Aeterni Patris*. Los subrayados son míos.

<sup>9</sup> *Id.*

<sup>10</sup> Juan Pablo II luego también hablará de «humanismo cristiano» y «humanismo antropológico» (*ut supra*, texto de referencia y nota 2 correspondiente).

la Universidad Católica de Lublin, por ejemplo, a través de académicos de la talla de Swiezawski, profesor de Medieval, entre otros.

El hecho es que en los círculos polacos muchas veces se ha dicho que, precisamente antes de la publicación de la encíclica leonina, ya en Polonia se estaba trabajando en el mismo sentido. Este es un dato muy interesante a la hora de entender la pronta y -diría yo- superlativa recepción que Karol Wojtyła siempre ha hecho de ese documento: su significado y carácter ya corrían por sus venas de intelectual polaco fiel a su tradición de origen. Un intelectual polaco representativo del conjunto: muy modernamente clásico, muy de avanzada intelectual pero enraizado. Siempre «hijo de Polonia», llevó en su corazón y en su mente esta impronta «joven» del Angélico, también dispuesta a ser «actualizada» para el tiempo contemporáneo<sup>11</sup>.

### III- Wojtyła y el Concilio Vaticano II

No es esta la ocasión para desarrollar exhaustivamente la reciprocidad y mutua interdependencia entre Wojtyła y el Vaticano II. Algunos, como Buttiglione -y, en la misma línea, Weigel- entienden que en la participación del Obispo de Cracovia en la reunión conciliar está la llave de bóveda del estilo de su madurez intelectual. Sin desmerecer esas consideraciones, soy de la idea de que es insoslayable explicitar el aporte de Wojtyła al Concilio en lo que se refiere a la centralidad de la persona y su dignidad. Él mismo lo hace manifiesto en su propia visión: «La persona humana es uno de los elementos de la doctrina del Concilio Vaticano II»<sup>12</sup>, «que determinan el carácter de [su] desarrollo [...]. En cierto sentido es un Concilio personalista»<sup>13</sup>. Más allá de esas apreciaciones bilaterales, es manifiesta la efectiva presencia y calidad de sus sucesivas presentaciones en el «evento» conciliar<sup>14</sup>. Sin embargo, en lo que sí me detendré especialmente es en el impacto que ese encuentro ecuménico universal ha tenido en este polaco pensador y pastor.

El Sínodo de Cracovia fue el primero en realizarse después del Concilio. Como preparación para esa reunión sinodal, Wojtyła concibe una reflexión madurada con el tiempo

<sup>11</sup> Entiendo que es en esa línea en la que hay que leer la adición que hizo Wojtyła de la experiencia fenomenológica en la presentación actualizada de Santo Tomás al mundo y cultura contemporáneos.

<sup>12</sup> WOJTYŁA, K., *La renovación de la Iglesia y del mundo. Reflexiones sobre el Concilio Vaticano II*, BAC – Universidad San Dámaso, Madrid 2016, «Servir a la dignidad de la persona humana. Discurso en Radio Vaticana» (19/10/1964), p. 238. Y continúa: en las palabras de Cristo que indicó llevar su Evangelio a cada persona humana de cada tiempo «se apoya la *accommodata renovatio*, la renovación de la Iglesia según las necesidades y posibilidades del hombre actual» (p. 239).

<sup>13</sup> WOJTYŁA, K., *Ibid.*, «El Concilio desde dentro. Carta a la redacción de *Tygodnik Powszechny*» (18/4/1965), p. 352.

<sup>14</sup> De hecho, entre otros significativos aportes, baste con mencionar su activo papel en la Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa y su autoría del famoso *Esquema XIII* que impidió el casi aborto de la Constitución *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. Cfr. LORDA, J. L.: *Antropología cristiana. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II*. Palabra, Madrid 2004, pp. 83-85.

y su experiencia de padre conciliar. La presenta en su obra teológica más conocida *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II* de 1972:

Un obispo que ha participado en el Concilio Vaticano II se siente en deuda con él. Es evidente. El Concilio, aparte de los beneficios que se le han atribuido y seguirán atribuyéndosele, tiene un valor y un significado único e irrepetible para cuantos han tomado parte en él y lo han puesto en práctica, sobre todo para los obispos, los padres conciliares [...]. De esta experiencia -cancelada históricamente, pero espiritualmente viva- brota inexcusablemente la exigencia de corresponder a la deuda contraída [...] con el Espíritu de Cristo<sup>15</sup>.

No se trata concretamente de un estudio sobre los documentos, ni siquiera de un comentario, sino de un texto teológico eminentemente pastoral: «Este libro ha sido concebido como un ensayo, “iniciación” [...], un *vademecum* que sirva de introducción a los documentos del Vaticano II. Ofrendo y dedico este libro [...] en mi calidad de obispo, a poner en acto el Vaticano II»<sup>16</sup>. Avanza el entonces cardenal con método fenomenológico desde la apropiación de la conciencia a la necesidad de la realización, porque el punto de partida es el gran planteo de la *Lumen Gentium*: «Iglesia, ¿qué dices de ti misma?». Se trata, por tanto, de una reflexión para la autorrealización -tema tan caro a Wojtyla, que supone la libertad en relación con la verdad-, autorrealización tanto de la Iglesia como de los creyentes. Es «la cuestión de la identidad cristiana»<sup>17</sup>, que exige que la verdad de fe siempre proclamada por la Iglesia «se implante en la conciencia del hombre y quede bien firme la actitud de ser creyente»<sup>18</sup>.

Afortunadamente, contamos con un conjunto de estudios y un cuerpo de homilías sobre el Vaticano II que, primeramente, había destinado con exclusividad a la comunidad polaca tras la cortina de hierro. Entre ellos destacaré solamente algunos pasajes muy significativos. El secretario privado de Wojtyla, Don Estanislao, nos confía que «el obispo Karol Wojtyla, vicario capitular y, posteriormente, arzobispo metropolitano de Cracovia “entró en el espíritu del Concilio”: estaba perfectamente al tanto de los debates y veía con claridad el objetivo del Concilio Vaticano II»<sup>19</sup>. Así lo había expresado el mismo Wojtyla:

La renovación es [...] un entendimiento nuevo, una nueva visión de la eterna verdad revelada. Ante todo, la renovación es teología, porque ella instituye una nueva madurez de la lectura del Evangelio y de su mensaje vital. Da la impresión de que, en estos puntos, *manan*, de un modo especial, *las fuentes de la renovación conciliar*, en

<sup>15</sup> WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*. B.A.C., Madrid 1982, p. 3.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 5. Abundan los contextos en los que más tarde -ya como Papa Juan Pablo II- afirmará que uno de los objetivos primordiales de su pontificado es la puesta en práctica del Concilio Vaticano II, incluso más que llevar la Iglesia al Tercer Milenio.

<sup>17</sup> ARANDA, A., «La unidad entre cristología y antropología en Juan Pablo II. Un análisis del tema en sus catorce encíclicas». SCRIPTA THEOLOGICA 39 (2007/1) 37-72, Navarra, p. 60.

<sup>18</sup> WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes...*, p. 11.

<sup>19</sup> WOJTYLA, K., *La renovación de la Iglesia y del mundo...*, «Prólogo», p. XI.

*las que se ha notado el progreso de la teología*<sup>20</sup>. El principio de la renovación [es] la *accommodata renovatio*<sup>21</sup>. La *reinterpretación* es [...] *uno de los elementos* del programa que marcó al Concilio y a la Iglesia al hablar de *accommodata renovatio* (*aggiornamento - puesta al día*). Hay que reconocer también que desde la época en que las palabras citadas fueron pronunciadas, la “reinterpretación” se ha convertido en una especie de imperativo de la teología y, a la vez, un particular deber de los teólogos<sup>22</sup>.

Por último, el 7 de marzo de 1965, en la iglesia de la Santísima Trinidad en Cracovia, pronuncia un *Discurso* para la Solemnidad de Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia. Antes de que el Concilio culminara a fin de año, no duda en seguir proclamando lo que siempre había pensado:

En esta tarea de la enseñanza, de impartir la ciencia y la doctrina, los teólogos han desempeñado desde siempre y lo siguen haciendo hasta hoy, una labor sin parangón. Santo Tomás de Aquino es su príncipe. Al cabo de casi 700 años le corresponde este título, no menos que antes o incluso más. [...] *La confianza que deposita la Iglesia en el pensamiento de Santo Tomás no prescribe. La confirmó el Concilio de Trento y, en cierta manera, lo ha hecho también el Concilio Vaticano II.* [...] Para nosotros Santo Tomás y, en concreto, su festividad de hoy, es la confirmación del suelo que pisamos. Es un *terreno mental*, filosófico, teológico, es una ratificación de esta ciencia sana que procuramos tomar de las fuentes más puras, más diáfanas e intentamos transmitir en nuestro magisterio. [...] Santo Tomás es doctor, sabio, filósofo, teólogo y santo [...] ÉL, que fue tan sabio, al mismo tiempo, fue santo. Estos dos ideales de la vida cristiana [...] se centran en una misma persona. Podemos confesarlo e imitarlo al mismo tiempo y profundizar y asimilarlo intelectualmente. La solemnidad de hoy ha de ser el complemento del día de ayer<sup>23</sup>.

#### **IV- Santo Tomás, la *Aeterni Patris* y el Vaticano II según Karol Wojtyla en la Cátedra de Pedro**

Vamos «arribando a destino», llegando a la «puerta de salida», la de nuestro tiempo, nuestro *momentum*. En el recorrido emprendido resulta insoslayable el hecho de que, en este Trienio Jubilar 2023-2025 que considero providencial, el Doctor Común de la Iglesia, el Maestro Tomás, vuelve a ser el Angélico Doctor enviado por Dios para rescatar una vez más a su Iglesia de la confusión crítica en la que se debate. ¿Qué pasó después del Vaticano II,

<sup>20</sup> WOJTYLA, K., *Un pastor al servicio del Vaticano II*, BAC – Universidad San Dámaso, Madrid 2014, «La síntesis del pensamiento conciliar» (1967), p. 51.

<sup>21</sup> WOJTYLA, K., *Ibid.*, p. 46.

<sup>22</sup> WOJTYLA, K., *Ibid.*, «La teología y los teólogos en la Iglesia posconciliar» (1971), p. 83. Además, apunta que ese tema de la reinterpretación y de la cuestión de la hermenéutica teológica vinculada con la reinterpretación ya estaba siendo estudiado en algunos círculos teológicos polacos.

<sup>23</sup> WOJTYLA, K., *La renovación de la Iglesia y del mundo...*, «La confianza de la Iglesia en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino» (1965), pp. 333-335. Las cursivas son mías.

durante estas poco más de cinco décadas? Mucho. En el *ad extra* de la Iglesia, seguro. Pero, también y con mucho significado, en el *ad intra*.

Para algunos, «el Concilio». Para los participantes, sus contemporáneos, lógico. Pero, para los ajenos, los posteriores, los receptores, los contemporáneos nuestros, ¿por qué? Porque en el posconcilio, el Concilio se convierte en su propia clave hermenéutica. Un solapado Vaticano III en forma de «sinodalidad» actualmente se discute, porque el Concilio se ha convertido en clave hermenéutica de sí mismo. Para Wojtyła, hablar del «espíritu del Concilio» era hacer presente la «renovación de la Iglesia», porque su horizonte durante el desarrollo conciliar fue la cuestión de origen: «*Ecclesia, ¿quid dicis de te ipsa?*», Iglesia, ¿quién eres tú? Era la gran pregunta para aquellos que con razón hablaban de «el Concilio», sin que eso significara que se trataba del «único» Concilio.

El Papa Polaco, en sucesivas oportunidades vuelve a proponer -una y otra vez- que nos dejemos guiar por ese Santo Tomás que León XIII propone en la Encíclica *Aeterni Patris*: por su «competencia, equilibrio, profundidad y limpidez de estilo», pero sobre todo por su «vivísimo sentido de fidelidad a la verdad o realismo: fidelidad a la verdad de las cosas creadas para hacer filosofía y fidelidad a la voz de la Iglesia para hacer teología»<sup>24</sup>. Y lo hace con el mismo espíritu con el que había participado del Concilio ecuménico y que procuró presentar, primero, a su Polonia natal y, luego, a la Iglesia Universal. Renovación no es continuidad, pero la incluye y la rescata, es vida, es crecimiento. Renovación no es ruptura, pero sí es un resguardo y un escudo contra ella, le cierra la puerta, la impide. Reconciliación, continuidad, renovación. A veces, reconciliarse con el pasado para recuperar su intocable clasicismo, puede implicar incluir convenientemente una vital fidelidad: renovar lo accesorio para sostener las bases pero, sobre todo, para sostenerse en esas fuentes. ¡La «conciencia histórica» no es historicismo!

Finalmente, y con la «bandera a cuadros» a la vista, nos hacemos esta última pregunta: ¿acaso, no fue el mismo Santo Tomás quien propuso y encarnó una gran renovación del pensamiento, un modo novedoso de interpretar a Aristóteles, de reunir aparentes opuestos filosóficos, de expresar originalmente el saber teológico? ¿Y, quién, simultáneamente más tradicional que él? Solo ha roto con el error o con lo que podía conducir a él -y, desde ya, con el pecado. Quién mejor que el mismo Juan Pablo Magno para retratarlo:

La profunda “eclesialidad” del pensamiento tomista le libra de estrecheces, de la caducidad y del hermetismo, y le hace sumamente abierto y dispuesto a un progreso ilimitado, capaz de asimilar los valores nuevos y auténticos que surjan en la historia de

---

<sup>24</sup> JUAN PABLO II, *Discurso de clausura a los participantes del VIII Congreso Tomista Internacional*, Pontificia Academia Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica, Castelgandolfo, 13/9/1980, n. 2.



cualquier cultura. También en esta ocasión quiero repetir lo siguiente. Es tarea principal de los discípulos del Aquinate [...] saber tomar y conservar esta "alma" universal y perenne del pensamiento tomista, y actualizarla hoy en un diálogo y en una confrontación constructiva con las culturas contemporáneas, de forma que se puedan asumir sus valores, rechazando los errores<sup>25</sup>.

*María Fernanda Balmaseda Cinquina*

---

<sup>25</sup> JUAN PABLO II, *Discurso en el Congreso Internacional de la Sociedad Santo Tomás de Aquino*, 4/1/1986. ¿A cuáles de nuestras problemáticas actuales puede responder Santo Tomás? Cito solo algunos ejemplos ilustrativos. 1- En cuanto a la relación entre la razón y la fe: la armonía entre el orden natural y el orden sobrenatural -ambos emergentes de la misma inteligencia divina-, la inviabilidad de sustituir la naturaleza por la cultura, la postulación inexcusable del anclaje metafísico para un entendimiento más profundo de todos los temas y clave de bóveda para evitar cualquier forma de relativismo autoritario, el no entorpecimiento de las ansias naturales por acceder a las raíces de la verdad, la imposibilidad de reducción del ser a la vida y de la causa al fenómeno, o de la razón a la fe y de la fe a la razón, el evitar los razonamientos por oposición como recurso de afirmación. 2- En cuanto al conocimiento y al amor natural y sobrenatural de Dios: la claridad ante la confusión entre teodicea y filosofía de la religión, la respuesta a la ideología de género que sin encontrar límites antropológicos se expande al misterio de la Santísima Trinidad, la afirmación de la pertenencia universal a la Iglesia en acto o en potencia, la riqueza del desarrollo de la escatología sin omisión del infierno con la consiguiente presentación de una misericordia sin pecado, o el olvido discursivo de la vida eterna como bienaventuranza definitiva. 3- En cuanto a la visión antropológica: el reconocimiento del núcleo constitutivo de las personas, las implicancias morales del hombre de hoy, la analogía entre el varón y la mujer, el reconocimiento del valor del hogar y de la familia como útero espiritual, el rol eficiente y ejemplar del educador. 4- En cuanto al conocimiento del mundo: la afirmación de la creación en lugar del endiosamiento de la naturaleza, el recordatorio del servicio que la obra de la naturaleza presta como medio al ser humano y no como fin de sí misma.

***Abstract:******Aeterni Patris* vs «hermenéutica de la ruptura». De Santo Tomás de Aquino a San Juan Pablo Magno**

La figura y el pensamiento de Tomás de Aquino son reafirmados como la mejor versión de filosofía cristiana por el Papa León XIII en 1879 y son recuperados, en continuidad con la línea «oficial» del Magisterio eclesiástico, como modelo y antídoto contra la descristianización de la sociedad -divorcio entre Evangelio y cultura- cristalizada en el siglo XIX. Pero el reconocimiento de su papel gozó de la inyección de la vitalidad histórica. Una lectura semejante del último Concilio ecuménico a la luz de los «signos de los tiempos» es la que también protagoniza el Cardenal Wojtyla. Sin embargo, el secularismo reaparece camaleónico: ahora se trata de la descristianización en la Iglesia.

***Curriculum vitae:*****María Fernanda Balmaseda Cinquina**

Católica. Argentina. Hija de Ángel Hugo Balmaseda Nadal y Delia Cinquina de Balmaseda, y sobrina y ahijada de Leonor Cinquina. Bachiller Universitaria, Profesora y Licenciada en Filosofía (UNSTA). Ha dado clases en la UBA, UNSTA, Austral y UCA, donde actualmente ejerce su actividad con exclusividad como Profesora Ordinaria tanto en el grado como en el posgrado. Tiene más de cincuenta publicaciones en revistas nacionales y extranjeras, y capítulos de libros en colaboración, como así también participaciones en Congresos de Argentina y Europa. Vocal de la Sociedad Tomista Argentina, períodos: 1996–2008 y 2017 en adelante. Además, es mamá postiza de Luli y Queru, y de Macacha y Donato.

Dirección electrónica: [mfalmaseda@gmail.com](mailto:mfalmaseda@gmail.com)